VI.

Criterio Diferencial.

El defecto capital del libro del Sr. Bulnes es, sin duda alguna, el criterio diferencial que lo rige y gobierna. Ese defecto gravísimo en cualquier estudio histórico, es imperdonable en obras de crítica histórica que requieren indispensablemente una sola lógica, un solo criterio, una sola doctrina: base y fundamento de todas sus apreciaciones.

De esta falta de unilógica provienen las repetidas inconsecuencias y las frecuentes contradicciones del libro que examinamos; y, lo que es peor, una extremada benevolencia hácia todo lo extranjero y una sistemática crueldad para todo lo nacional.

Comprendemos, aunque no aprobamos, que el Sr. Bulnes sintiendo heridos sus sentimientos de justicia al ver ensalzados, por *patriotería*, hechos y hombres merecedores de reproche y condenación, cayera por *antipatriotería* en el mismo vicio que trataba de corregir; y usara por natural, aunque indebida, contraposición una severidad excesiva en sus apreciaciones; pero no comprendemos, y abiertamente lo reprobamos, que unos mismos hechos y unas

mismas faltas las mida y las pese con distintos raseros y con desiquilibrada balanza, siempre inclinada á favor de lo extranjero, dando así á nuestra Patria una pretendida singularidad tan errónea como despectiva!

Si el Sr. Bulnes dejándose llevar de su temperamento de tribuno, esencialmente agresivo, ha podido caer en error tan lamentable, nosotros creemos que no podrá—dada su clara inteligencia—persistir en el mencionado error; y que, atendiendo á nuestras reflexiones, no insistirá en atribuir á nuestra Patria el triste privilegio de la Impostura y la Maldad!

Cargo tan grave, como el que hemos hecho al libro del Sr. Bulnes, requiere una inmediata y completa comprobación. Vamos á presentarla en seguida.

Refiriéndose á la obligación que tiene todo historiador de atender al pro y el contra de las cuestiones sometidas á su examen y apreciación, dice el Sr Bulnes: «Esto *es más necesario en México, donde tristemente se especula con la vanidad pública*, ocultando verdades desagradables y sirviendo frecuentemente mentiras halagadoras»[1]

Si el Sr. Bulnes hubiera sencillamente expresado su parecer de que en Méjico, *como en las demás naciones*, todo historiador debe estudiar el pro y la contra de una cuestión cualquiera, su dicho habría sido irreprochable; si se hubiera limitado á decir que eso debía hacerse en Méjico, aun sin mencionar que «como en las otras naciones,» su dicho habría sido correcto todavía, aunque deficiente; pero como dijo: esto *es más necesario en Méjico*, donde tristemente se especula con la vanidad pública, ocultando verdades desagradables y sirviendo frecuentemente mentiras halagadoras,» su dicho es á la vez erróneo, y despectivo para la Patria, puesto que si tales cosas pasaran en los demás países, no sería *más necesario* en Méjico, sino igualmente necesario, que los historiadores atendieran al pro y al con-

1 «Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia,» pág. 31.

tra de una cuestión; y puesto que ese *es más necesario en Méjico*, da á nuestro país el exclusivismo de la ocultación de verdades desagradables y del servicio de mentiras halagadoras. Nó, Señor Bulnes, en todas partes ha habido gobernantes, generales, aduladores y detractores que especulen con la vanidad pública ocultando verdades y sirviendo mentiras; y en todas partes ha habido historiadores que por rutina, por falta de criterio ó por parcialidad hayan admitido ó reproducido esas mentiras y esas ocultaciones.

Para demostrar que no son exclusivismos nuestros, un General—como Don Antonio López de Santa-Anna—que trate de engañar á la Historia con mentidas relaciones ó unos historiadores que repitan, por halagar la vanidad nacional, conceptos evidentemente falsos, vamos á presentar dos ejemplos tomados de un pueblo cuya crítica histórica raya á gran altura.

Todos los historiadores franceses han considerado, durante varios siglos, al primer Francisco, como al último genuino representante de la vieja caballería y le han apodado, por antonomasia: *El Rey-caballero*. A su ejemplo y sin tener la atenuante de la vanidad nacional, los historiadores de otros países han repetido tan falso dictado. Pero un día M. Rosseeuw Saint-Hilaire, en su preciosa *Historia de España* comprendiendo que un buen móvil no justifica una mala acción, borró para siempre de la Historia de Francia con estas sencillísimas palabras, motivadas por la muerte de Bayardo, aquel error que parecía haberse entronizado en ella:

«Con él se extinguió el último destello de ese espíritu de caballería, del que Bayardo ofrece el tipo real y Francisco I la *fastuosa parodia*.» Y, más adelante, agrega á propósito del tratado de Cambray: «El *rey-caballero*—así, irónicamente subrayado—no contento con traicionar á Venecia, la antigua aliada de Francia se empeñaba á obligarla por las armas» á que evacuase las ciudades de que se había apoderado en los Estados de Nápoles. En cuanto á Florencia, el rey

cristianísimo se reservaba el abogar por su causa cerca de Carlos; pero esta cláusula quedaba anulada *ipso jure* si antes de cuatro meses no había vuelto Florencia á la gracia del Emperador. Los nobles napolitanos, que desde hacía treinta años servían en los Ejércitos de Francia, y que por ella habían expuesto su fortuna y su vida, no fueron mencionados siquiera en el tratado. El *caballeresco* monarca, desconfiando sin duda de su propia generosidad, se prohibió hasta el derecho de dar asilo en sus Estados á aquellos que hubiesen hecho armas contra su primo y leal amigo el Emperador. Por un contraste humillante para Francia, Carlos garantizaba, con escrupuloso cuidado, hasta los derechos del menor de sus aliados. La restitución de los bienes del duque de Borbón y del príncipe de Orange, fué expresamente estipulada; Francisco consintió en todo, salvo el no cumplir nada, según su costumbre; y apenas tocaron sus hijos el suelo de Francia, fueron de nuevo secuestrados los bienes de los emigrados..... De todos los historiadores nacionales, no ha habido uno sólo que proteste en nombre de la vieja lealtad de Francia, contra ese innoble abandono de todos sus aliados.»

Es bien sabido que el famoso MEMORIAL DE SANTA ELENA es un tejido de hábiles mentiras dictadas ó inspiradas por Napoleón á fin de engañar á la Historia. Pero Napoleón con toda su extraordinaria capacidad y con toda su vastísima ilustración era tan impotente como el ignorante aunque sagaz Santa-Anna, para lograr tal engaño, pues, como se sabe, la Verdad, más pronto ó más tarde, acaba siempre por resplandecer en la Historia.

En tan baja tarea llegó Napoleón hasta falsificar una carta suya, es decir, hasta escribir en Santa Elena una carta dirigida á Murat, fechándola en París á 29 de Marzo de 1808, con el fin de engañar á la Historia, arrojando sobre su cuñado las responsabilidades de la guerra de España y

principalmente las motivadas por la ocupación militar de Madrid.

M. P. Lanfrey, autor de la mejor HISTORIA DE NAPOLEÓN, ha puesto de relieve en unas páginas modelo de crítica histórica, esa tentativa que califica de «una de las imposturas más audaces y hasta aquí más universalmente aceptadas, que puedan citarse en el *triste repertorio de las supercherías históricas.*»

En la carta falsificada que Napoleón comunicó personalmente á Las Cases y Montholon, se encuentra, entre otras muchas de igual índole, la siguiente frase mendaz: «*No apruebo el partido tomado por Vuestra Alteza Imperial de apoderarse tan precipitadamente de Madrid, era necesario detener el Ejército á diez leguas de Madrid.*» Como se ve claramente, con esas líneas pretendió Napoleón hacer creer á la posteridad que la ocupación militar de Madrid había sido ejecutada por inspiración propia de Murat, sin instrucciones suyas, y lo que es más contra su parecer, puesto que francamente la reprobó. No contaba el Emperador francés con que más tarde se publicaría su correspondencia y que ella misma le daría el más soberano mentís. Por ella se ve que desde el 9 de Marzo, Napoleón ordenaba á Murat entrar á Madrid, *aun á viva fuerza.* Y si acontecía que los españoles estuviesen en estado de poder defenderse en Madrid, el Gral. Dupont debía dirigirse por San Ildefonso y reunírsele, «*para marchar juntos sobre Madrid, si fuese necesario.*» El 14 de Marzo le enviaba las más precisas instrucciones militares para no dejar nada á lo imprevisto y agregaba: «*Lo que conviene sobre todo, es llegar á Madrid sin hostilidades y hacer campar allí los cuerpos por separado para hacerlos parecer más numerosos.*» El 16 de Marzo insistía de nuevo diciendo: «*Lo principal es llegar á Madrid, dar allí reposo á vuestras tropas y rehaceros de víveres.*» Y el 19 de Marzo insistía en estas palabras: «*Supongo que recibireis esta carta en Madrid á donde deseo de todo corazón saber que han entrado*

nuestras tropas pacíficamente.» Y de manera tan precisa había determinado Napoleón la marcha de Murat á Madrid que desde el 9 de Marzo encargaba á Champagny previniese á Beauharnais «*que el 22 ó 23 de Marzo un ejército francés de cincuenta mil hombres entraría á Madrid,*» y ese mismo 23 de Marzo, fecha en que las tropas francesas se presentaron á las puertas de la capital española, escribía á Murat: *Supongo que habréis llegado hoy ó que llegaréis mañana á Madrid.*»

M. Lanfrey no extraña que los historiadores que no conocieron la correspondencia de Napoleón hayan sido víctimas de esta carta engañadora, aunque un verdadero espíritu crítico jamás la habría aceptado como cierta; pero lo que sorprende justamente á Lanfrey, es que un historiador de la talla de Thiers, que conocía perfectamente la correspondencia imperial; que confiesa que en la Secretaría de Relaciones—donde se conservó la correspondencia citada—no hay minuta de esta famosa carta; que confiesa igualmente que no hay la menor referencia de ella, ni en las cartas de Murat ni en las de Napoleón; que reconoce que no puede haber sido escrita sino por éste, sostenga sin embargo que fué escrita el día indicado por su falsa fecha y no en Santa Elena, por no confesar que *su ídolo* había tratado de engañar á la Historia.

M. Thiers después de suponer varias explicaciones inaceptables acaba por afirmar que no puede Napoleón haber tratado de engañar á la Historia; *porque tenía para ello demasiado orgullo.* Oigamos la réplica de Lanfrey: «Extraña ceguedad después de todas las falsificaciones que este autor se ha visto obligado á registrar él mismo! ¿Tenía Napoleón demasiado orgullo cuando, durante los catorce años de su reinado, falsificaba día á día en el *Monitor* todas las piezas diplomáticas, las noticias exteriores, los debates de las Cámaras y hasta los informes administrativos? ¿Tenía demasiado orgullo cuando más tarde, en Santa Elena, redactaba esos seis gruesos volúmenes de memorias en los

que cada línea es una mentira? ¿Tenía demasiado orgullo cuando, recibiendo visitantes que sabía estaban ávidos de recoger cada una de sus palabras, los hacía los propagadores jurados de sus falsos testimonios? ¿Que rara verosimilitud la de que una alma tan grande, tan leal, tan justa haya podido rebajarse hasta fabricar una ficción de más? Que Napoleón haya mentido descaradamente á sus contemporáneos cada día y cada hora de su reinado, es cosa en la que hay que convenir forzosamente; pero, á menos de ser un *detractor sistemático de su gloria* ¿cómo suponer que haya podido ni aún concebir la idea de engañar á la posteridad?»[1]

***

La campaña de Santa-Anna en Tejas y la campaña de Barradas en Veracruz y Tamaulipas tienen una absoluta identidad en cuanto á que ambas comenzaron con triunfos insignificantes y concluyeron con un desastre, del cual pudo escapar una parte de nuestro Ejército enviado á combatir á los rebeldes tejanos y en el cual quedó comprendido todo el Ejército invasor enviado á reconquistar nuestro territorio. Y, sin embargo, el Sr. Bulnes—como veremos en seguida—aprecia de modo diferente esa incuestionable identidad.

Refiriéndose á la campaña de Tejas, dice el Sr. Bulnes: «Tal debe haber sido el plan—el de engañar á la Nación—de Santa Anna, porque de otro modo es imposible explicar que un hombre tan inteligente como él, hubiera creído que terminaba una campaña donde á todas luces y con todos sus laureles *estaba llevando la peor parte.*[2] Con estas pala-

1 «Histoire de Napoleón Ier» tomo IV.—pág. 268.

2 Obra citada.—pág. 524.

bras reconoce justamente el Sr. Bulnes que Santa Anna, á pesar de sus triunfos insignificantes, no contrabalanceados por triunfo alguno de los tejanos, estaba colocándose en una situación desfavorable precursora de la derrota definitiva.

Y el mismo Sr. Bulnes, refiriéndose á la campaña de reconquista, dice así: Yendo hasta la verdad completa, no es cierto que Santa Anna ni Terán, ni jefe alguno mexicano hubiese derrotado á Barradas; por el contrario, en cuanto encuentro tuvo Barradas con nuestras fuerzas, en todas salió vencedor Como lo veremos más tarde, Barradas fué vencido, pero no derrotado»[1]

Aquí desconoce el Sr. Bulnes que Barradas, á pesar de sus triunfos insignificantes, no contrabalanceados por triunfo alguno mejicano, se había colocado en una situación desesperada, precursora de la derrota ó de la rendición. «Como lo veremos más tarde—dice S. S.—Barradas fué vencido, pero no derrotado» Como lo veremos más adelante—decimos también nosotros—Barradas, *rindiéndose*, evitó la derrota, lo que en lenguaje vulgar, generalmente tan expresivo, se califica diciendo que el remedio fué peor que la enfermedad.

***

Con referencia al duelo de artillería tenido entre la fortaleza de Ulúa y la escuadra del Contra-Almirante Baudin, el Sr. Bulnes, aunque afirma que había en el castillo 157 bocas de fuego, reconoce que sólo 47 podrían ser disparadas sobre la escuadra. Ante la evidencia de que las piezas de artillería que miraban hacia Veracruz y la playa no podían ser utilizadas contra los barcos franceses, S. S. tuvo que reconocer, como acabamos de decir, que sólo 47

1 Obra citada, pág. 4.

piezas jugaron, por parte de la fortaleza, en aquel duelo de artillería; pero como esto rebajaba el mérito de la victoria francesa, el Sr. Bulnes no quizo reconocer que la escuadra, por su parte, había hecho jugar doscientas piezas en el duelo mencionado, y, recurriendo á un subterfugio infantil, redujo á la mitad el número de bocas de fuego utilizadas por el Contra-Almirante Baudin.

«El general Rincón—dice el Sr. Bulnes—*tenía razón respecto al número de piezas de artillería que en totalidad tenían los barcos ofensores;* pero no pensó que un barco COMBATIENDO FIJO contra una fortaleza no puede disparar todas sus piezas contra esa fortaleza á menos que todas fueran morteros ó disparos hechos bajo un ángulo de 45 grados ó mayor. Un barco que COMBATE FIJO *sólo puede disparar todos sus cañones cuando se haya rodeado de barcos ó cuando atraviesa un canal en que haya fortalezas de ambos lados,* pero batiendo á una fortaleza *sin tener enemigo al lado opuesto* ES IMPOSIBLE *que pueda poner en juego toda su artillería*. En las mejores condiciones de un barco que COMBATE FIJO, puede disponer de *la mitad de sus fuerzas* más una ó dos piezas de la popa ó de la proa. ESTO ES EVIDENTE y por tal motivo hay que creer sin vacilar en el parte oficial del contra-Almirante Baudin quien pone en conocimiento de su gobierno haber puesto en juego en su ataque 108 piezas de artillería»[1]

El subterfugio empleado por el Sr. Bulnes, y que hemos calificado de infantil, consiste en suponer que los barcos de la escuadra francesa permanecieron fijos durante el combate. No se necesita tener los profundos conocimientos balístico-navales de S. S. para saber que un barco de guerra dispara una andanada con los cañones de una de sus bandas, la de babor por ejemplo, y, en seguida, vira en

1 Obra citada, pág. 786—El Sr. Bulnes da detalladamente la composición de la cifra que nosotros presentamos en total.

redondo y dispara otra andanada con sus cañones de estribor. Esta es la manera naval de combatir. Decir que un barco de guerra no emplea sino los cañones de una de sus bandas, es tanto, como asegurar que un pugilista no emplea más que una sola de sus dos manos. Y no diga el Sr. Bulnes que su afirmación de que los buques «combatieron fijos» obedece á la circunstancia de que se hallaban anclados; porque, además de que no consta esa circunstancia, un barco, fijado en determinado punto del mar por una sola ancla, no pierde por eso su facultad de virar y queda libre para presentar al enemigo sucesivamente las dos bandas y, en consecuencia, para disparar todas las piezas de artillería de que se halla dotado.

***

El Sr. Bulnes atribuye á la impericia y cobardía de los jefes militares la rendición de San Juan de Ulúa y la califica de vergonzosa, y lejos de atribuir á la impericia y á la cobardía de Barradas la rendición de todo el Ejército invasor español y de calificarla de vergonzosa, con criterio diferencial, atribuye esa rendición al deseo de Barradas de no derramar sangre inútilmente y la califica de honrosa, puesto que afirma—asentando una falsedad—que «Barradas se retiró á su país con todos los honores á que era acredor por *su valor* y el de sus subordinados.»[1]

En este caso agrava la falta de S. S. la circunstancia de que la rendición de Barradas es más vergonzosa que la de Gaona. Este se rindió después de haber sufrido un fuego terrible de la escuadra durante cuatro horas y media, después de haber visto debilitadas sus obras de defensa, después de que la explosión de los polvorines y el derrumbe

1 Obra citada. pág. 88.